

Transición verde, dependencia y utopías. ¿Cuáles son los retos y posibilidades para una transformación socio-ecológica emancipadora?

Diana Vela-Almeida, Melisa Argento, Sandra Rátiva-Gaona¹

Resumen

Las presiones globales frente al cambio climático, la contaminación y la dramática pérdida de biodiversidad han llevado a diferentes compromisos internacionales a comprometerse en reducir las emisiones de carbono, evitar la deforestación y proteger los ecosistemas. Esta transición verde, sin discutir las relaciones de producción, circulación y consumo, profundiza las relaciones neocoloniales y acelera la presión extractiva sobre los territorios del sur global reforzando las desigualdades geográficas. Este artículo propone analizar las premisas hacia una transformación socio-ecológica justa, la cual incluye la protección de los bienes comunes, la reproducción de la vida, el cuidado, las soberanías multiescalares y la descolonización de la agenda económica. Desde una perspectiva de la ecología política del Abya Yala se abordan en una primera parte los retos y desafíos histórico estructurales que existen para las transformaciones socio-ecológicas en los países latinoamericanos. En un segundo momento, se reconstruyen las trayectorias de lucha existentes, en tanto que potencialidades, praxis de resistencias colectivas y utopías para la transformación.

Palabras clave: Transformación socioecológica; Neocolonialismo; Resistencia; Territorios; América Latina

Green transition, dependency and utopias: what are the challenges and possibilities for an emancipatory socio-ecological transformation?

¹ Vela-Almeida Diana. Departamento de Desarrollo Sostenible, Universidad de Utrecht. Correo: d.r.velaalmeida@uu.nl. Residencia: Holanda. ORCID: 0000-0002-7631-9750

Argento Melisa: CONICET. Instituto de Estudios de América Latina y El Caribe. Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de Rosario. melisargento@gmail.com ORCID: 0009-0003-5121-5861 Residencia: Argentina

Rátiva-Gaona Sandra: Instituto de Ciencias Sociales y Humanas "Alfonso Vélaz Pliego". Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. agarimas2@gmail.com ORCID:0000-0003-0409-7084 Residencia: México

Abstract

Global pressures in the face of climate change, pollution and the dramatic loss of biodiversity have led to different international commitments to reduce carbon emissions, avoid deforestation and protect ecosystems. This green transition, without discussing the relations of production, circulation and consumption, deepens neocolonial relations and accelerates extractive pressure on the territories of the global south, reinforcing geographical inequalities. This article proposes to analyze the premises towards a just socio-ecological transformation, which includes the protection of common goods, the reproduction of life, care, multi-scalar sovereignties and the decolonization of the economic agenda. From a perspective of the political ecology of Abya Yala, the first part addresses the historical-structural challenges that exist for socio-ecological transformations in Latin American countries. In a second moment, the existing trajectories of struggle are reconstructed, as potentialities, practices of collective resistance and utopias for transformation.

Keywords: Socioecological Transformation; Neocolonialism; Resistance; Territories; Latin America

Transição verde, dependência e utopias: quais são os desafios e as possibilidades de uma transformação socio-ecológica emancipatória?

Resumo

As pressões globais face às alterações climáticas, à poluição e à perda dramática de biodiversidade levaram a diferentes compromissos internacionais para reduzir as emissões de carbono, evitar a desflorestação e proteger os ecossistemas. Esta transição verde, sem discutir as relações de produção, circulação e consumo, aprofunda as relações neocoloniais e acelera a pressão extractiva sobre os territórios do sul global, reforçando as desigualdades geográficas. Este artigo propõe analisar as premissas para uma transformação socioecológica justa, que inclua a proteção dos bens comuns, a reprodução da vida, o cuidado, as soberanias multiescalares e a descolonização da agenda económica. A partir de

uma perspectiva da ecologia política de Abya Yala, a primeira parte aborda os desafios histórico-estruturais que existem para as transformações socioecológicas nos países latino-americanos. Num segundo momento, reconstroem-se as trajetórias de luta existentes, como potencialidades, práticas de resistência coletiva e utopias de transformação.

Palavras-Chave: Transformação Socioecológica; Neocolonialismo; Resistência; Territórios; América Latina

Introducción

Las presiones globales frente al cambio climático, la contaminación y la pérdida de biodiversidad han llevado a diferentes compromisos internacionales a reducir las emisiones de carbono, evitar la deforestación y proteger los ecosistemas. En Europa, por ejemplo, la primera región en legislar la transición verde, esta propuesta fue enmarcada dentro del *Pacto Verde Europeo*, una política paraguas de descarbonización que incluye consolidar una economía postfósil circular y eficiente, conservar la biodiversidad, y alcanzar sistemas alimentarios y de electro-movilidad sostenibles.

Desde su concepción, esta transición buscó consolidar una economía verde en crecimiento, y al mismo tiempo se posicionó como la mejor salida para enfrentar la crisis civilizatoria. Sin embargo, esta economía verde se sostiene en procesos tecnocentristas, soluciones de mercado y consensos eco-tecno-corporativos para garantizar el suministro de materia prima necesario para el crecimiento económico infinito. En otras palabras, la transición verde se inscribe dentro de un programa de expansión del capitalismo verde, sin alterar las bases estructurales de las relaciones de producción, circulación y consumo de las sociedades. Por el contrario, propone un proceso de permanente acumulación de capital y el aceleramiento del metabolismo social que presiona por la expansión de la frontera extractiva en países del Sur Global, históricamente periféricos y exportadores de materia prima (Vela-Almeida et al., 2023).

La transición verde corre el riesgo de profundizar las relaciones neocoloniales y acelerar desigualdades geográficas entre el norte y el Sur Global. Esta interconexión de flujos de

material y capital en el sistema globalizado convierte la expansión de la frontera extractiva, la minería, el petróleo, el excesivo consumo de agua y la conversión del uso del suelo para la agroindustria en profundos retos para Latinoamérica. Estos retos son dobles; por un lado mantienen las relaciones económicas de dependencia de los países primario-exportadores, por otro, son causas principales que contribuyen a la deforestación y al aumento de las emisiones de carbono en la atmósfera. Esto hace que, además de profundizar desigualdades, los planes de transición basados en el crecimiento verde tampoco consigan mitigar el cambio climático.

Considerando la dinámica global, los esfuerzos regionales y las respuestas nacionales y locales, es crítico cuestionar la transición verde como una estructura organizadora de la economía neocolonial y capitalista dentro del sistema mundo. Consideramos que propuestas por un nuevo orden ecológico son en sí mismas también disputas políticas que necesitan construir articulaciones diversas y multiescalares para pensar más allá de transiciones verdes y construir transformaciones socio-ecológicas con justicia social, ambiental y climática.

El Congreso de Ecología Política en Quito incluyó un eje central sobre transiciones ecológicas que generó alta participación e interés. Pensamos que es necesario discutir una transformación socio-ecológica, la cual incluye la protección de los bienes comunes, la reproducción de la vida, el cuidado, las soberanías multiescalares y la descolonización de la agenda económica. ¿Por qué nos planteamos esto? Porque creemos que, al problematizar la transición verde, también es necesario plantearnos narrativas utópicas desde los feminismos, desde los pueblos y nacionalidades indígenas y campesinas y afro descendientes, es necesario disputarlo desde el campo popular y desde las luchas sociales con el fin de generar posibilidades emancipadoras.

Este diálogo entre las tres autoras se generó a partir de algunas preguntas movilizadoras centradas en dos momentos. En el primer momento nos centramos en los retos y desafíos que existen para las transformaciones socio-ecológicas en nuestros países. En un segundo momento, hablamos sobre las posibilidades y las potencialidades transformadoras y las utopías para la transformación.

¿Qué implica una transición verde para Latinoamérica?

Partimos con la premisa de que las agendas sobre la transición verde de base productiva postfósil ocurren en un contexto de amplificación de múltiples variables dentro de una crisis prolongada que continúan reproduciendo lógicas neodependentistas, una posición subordinada y prácticas extractivistas en Latinoamérica. Las estrategias del capital global están en transformación, y presentan una doble vertiente: por un lado, se busca la conservación a través de mecanismos de acumulación del capital; por otro, se asegura el suministro de recursos para la transición en el Norte Global (Argento & Kazimierski, 2022). Esta dinámica refleja la adaptación del capital a la crisis civilizatoria, integrando simultáneamente la conservación y la explotación de recursos.

Estas agendas impulsan un proceso de *acumulación por conservación*, donde el aire limpio se convierte en un nuevo recurso escaso (Argento & Kazimierski, 2022). Así se justifica la privatización y mercantilización de la tierra bajo el concepto de conservación, con certificadoras globales que asignan un valor económico a espacios destinados a conservar (bosques, humedales, ríos, páramos, entre otros). Las áreas protegidas se integran a los balances contables y financieros mediante mecanismos de compensación global como el mercado de carbono, REDD+, soluciones basadas en la naturaleza, y bonos verdes. Estas soluciones globales mantienen una lógica utilitaria y de naturaleza exteriorizada de lo humano, donde los espacios de conservación existen para brindar un servicio a la sociedad.

Al mismo tiempo, se permite la coexistencia de espacios de conservación junto a zonas extractivas que utilizan prácticas devastadoras para los ecosistemas. Espacios de conservación son adquiridos por grandes corporaciones energéticas y mineras para compensar sus emisiones. Las organizaciones campesinas, indígenas, comunitarias, junto con los movimientos sociales, han denunciado desde hace muchos años este modelo de financiarización y acaparamiento de tierra que conduce al desplazamiento de las poblaciones, la eliminación de las prácticas productivas locales y formas de vida comunitarias.

Existe una conexión directa entre la generación de fuentes energéticas alternativas y el extractivismo. La producción de nuevas fuentes energéticas impulsa el avance de la

frontera extractiva que facilita la continuidad de la agenda energética del capitalismo verde. Un claro ejemplo es la expansión de la minería de litio en ecosistemas muy vulnerables, como la región de Atacama, que sufre de alto estrés hídrico. Esta presión creciente se inserta en un modelo de consumo sin límites y un metabolismo social en constante expansión. Sin embargo, es difícil enfrentar esta agenda global porque la justificación extractivista está directamente ligada por primera vez a una agenda ecologista postfósil.

Así estos dos procesos, la financiarización de la conservación y la expansión de la frontera extractiva para la transición verde producen un fenómeno conocido como *acumulación por desfosilización* (Argento & Kazimierski, 2022). El fenómeno presiona sobre nuestros territorios, donde la disputa por los bienes comunes como el agua y la tierra, se intensificará con más fuerza. Más aun, las normativas estatales empiezan a adaptarse a esta realidad, desarticulando los procesos sociales de lucha por la tierra porque es difícil disputar la idea de conservación. En principio todas y todos queremos cuidar, proteger y valorar nuestros territorios pero alejados de modelos de conservación mercantilistas y utilitarios.

Nosotras no negamos que las soluciones postfósiles son extremadamente necesarias, pero ¿cuáles son entonces las condiciones justas, reparativas y democráticas dentro de las relaciones de un sistema-mundo actuales? Creemos que la agenda de transición está en disputa y que trasciende soluciones centradas en el capitalismo verde. El capitalismo se come sus límites biofísicos, se come sus cuerpos vitales para su propia reproducción. Esto se evidencia en cómo todo esfuerzo activo para mantener un sistema depredador como solución a un problema que este mismo sistema causó, sigue contribuyendo a exacerbar una crisis civilizatoria global. Construir soluciones para Latinoamérica representa grandes desafíos para los procesos de lucha en nuestros propios territorios y también genera demandas sobre el tipo de políticas, normativas y leyes estatales que necesitamos para garantizar estos procesos de lucha.

La transición como disputa política ¿Cuáles son los retos y posibilidades que existen para una transformación socio-ecológica?

La transición, entendida como la hoja de ruta entre punto *a* y *b*, es en sí misma una disputa política (Svampa y Bertinat, 2022). Planteamos que es fundamental preguntarse qué tipo de transición necesitamos, cuáles son las condiciones de partida y cuáles queremos que sean las de llegada, quiénes necesitan transitar, cuáles son los requisitos y, entonces, cuál es el propósito. Es decir, este es un concepto que implica movimiento y este cambio va más allá de una transición energética (Rátiva-Gaona, 2022). Queremos una transformación socio-ecológica que consiste en emanciparnos material y discursivamente del modelo capitalista, neocolonial y de subordinación. Por esto, intentamos dar nombres a algo más que una transición verde, buscamos una transformación socio-ecológica cargada de adjetivos anticapitalistas, feministas y decoloniales dentro del complejo marco de nuestra historia.

Cuando nos posicionamos frente a una agenda de transición definida en Europa, estamos entrando en desventaja. Esta agenda nos coloca, por un lado como surtidores de naturaleza, tierra, cuerpos y mano de obra baratas en la histórica división internacional del trabajo; y por otro lado, destinatarios de inversión de capital extranjero para beneficio corporativo (Vela-Almeida et al., 2023). Al entrar en desventaja, la única manera de disputar la narrativa de la transición es reposicionar permanentemente el componente anticapitalista, de justicia social, justicia ambiental en territorios, que viene de una genealogía de luchas territoriales. Estos son los adjetivos para cargar a una transformación comprometida que sostenga la vida digna de nuestros territorios y nuestras poblaciones. Para esto, debemos preguntarnos ¿cuál es nuestra agenda propia en el continente, nuestras agendas históricas?, ¿cuáles son nuestras formas de resistencia?, ¿Quiénes somos la fuerza de trabajo del mundo, ¿quiénes proveemos bienes, cuerpos y naturaleza?

La historia de la colonización supuso un modo de operación estructurante de nuestros pueblos y naciones marcada por la homogenización de nuestras poblaciones, la subalternización, el genocidio como rasgo histórico, la manera particular en que el capitalismo construye un territorio bajo una impronta absolutamente dependiente del mercado internacional en condiciones desiguales. Estas secuelas sistémicas continuaron con las disputas inter-élites regionales de la vieja oligarquía del siglo XIX hasta el día de hoy.

Estos han sido los límites propios de la conformación histórica de nuestros estados-nación, los cuales fueron fuertemente disputados a finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI por los movimientos que proponían otro tipo de estado desde la plurinacionalidad, el Buen Vivir, Sumak Kawsay, Sumaq Qamaña y el derecho al territorio entendido de forma multiescalar: desde el cuerpo-territorio hasta la soberanía del Abya Yala. Existe toda una organización social largamente expresada que podemos rastrearla genealógicamente hasta quizás todo el siglo XX, pero con más carácter de movimiento por las justicias ambientales a partir de los años 70 del siglo XX. Los movimientos campesinos e indígenas han luchado por la tierra y posteriormente el territorio que junta la demanda por la tierra con el agua, el bosque, las semillas, alimentación, cultura y formas de vida. Hace muchos años pujamos por una justicia ambiental y social, la autonomía y la independencia en el marco de lo que hoy llamamos transformaciones socio-ecológicas, no solamente transiciones tecnológicas o técnicas (Rátiva-Gaona, 2022). Estas luchas posicionan la soberanía alimentaria, soberanía energética, resistencias eco-territoriales, luchas anti-extractivistas, la protección de los bienes comunes, un sistema económico popular y solidario, el cuidado y la reproducción de la vida en el centro de las transformaciones socio-ecológicas emancipadoras.

Por otra parte, podríamos asignar el debate sobre la transición en Latinoamérica a los gobiernos progresistas a comienzos del siglo XXI. Estos gobiernos se preguntaron cómo logramos transitar de unos estados Latinoamericanos coloniales extractivistas y rentistas, a otra forma económica de diversificación de la matriz productiva de manera más soberana. Esta era la discusión sobre la transición, que incluía también el cambio de la matriz energética. Sin embargo, sus propuestas neo-desarrollistas también sufrieron de los límites estructurales frente a las luchas sociales en Latinoamérica y no lograron responder a todas sus demandas históricas.

En realidad, cuando nos referimos a transformaciones socio-ecológicas, reivindicamos las luchas históricas por romper las cadenas de la dependencia de las estructuras que limitan nuestra autodeterminación con justicia social, étnico-racial, ambiental y feminista en diferentes espacios. Si miramos los límites estructurales respecto de la propia conformación de nuestros estados-naciones y de nuestras sociedades desde la colonia, esta lucha no se ha detenido nunca. Sin embargo, los límites estructurales siguen marcando las relaciones de

opresión actuales. De hecho, los feminismos comunitarios, populares y ecofeministas plantean que el capitalismo, patriarcado, racismo y colonialismo generan opresiones interrelacionadas y atraviesan nuestros cuerpos-territorios. Las formas que generan violencias sobre los cuerpos-territorios son formas históricas que se siguen reconstituyendo.

La lucha no solo busca una ruptura del sistema neocolonial global sino también del colonialismo interno configurado por los acuerdos entre élites y mafias nacionales. Por ejemplo, un tema crítico en nuestros países, edificados y agudizados por la vulnerabilidad económica, producto de los violentos ajustes neoliberales, es el régimen de violencia que prevalece en la región, junto al narcotráfico y la corrupción. Este régimen de violencia se ha convertido en uno de los mayores retos para cualquier proyecto de justicia social y ambiental, ya sea estatal o comunitario. Este es un debate que la ecología política no puede ignorar. ¿Cómo enfrentamos el paramilitarismo, el narcoestado, la violencia, la militarización y la forma en que la política de guerra se va legitimando en las sociedades? El narcotráfico por ejemplo actúa no solo sobre la producción y el transporte de drogas, sino también fomenta que mafias, grupos paraestatales e ilegales controlen cultivos como el limón y el aguacate, contribuyan a la deforestación en la Amazonía, y contribuyan a la expansión de la frontera minera en ecosistemas frágiles. Esto ocurre en el marco de la lucha por el acceso a los recursos, el control territorial y la militarización, donde la violencia hacia los pueblos se justifica frente a la securitización de los recursos y la tierra para el capital.

Al preguntarnos hacia dónde queremos llegar, podemos tener matices, pero esa llegada debe construirse con pasión e ilusión y un profundo sentido de solidaridad. Aquí no queremos romantizar, hemos perdido mucho. Muchos de nuestros bosques han sido destruidos, nuestras aguas han sido contaminadas, somos pueblos con deudas sociales históricas gigantescas a pesar de que nuestros territorios han sido tan generosos. En términos climáticos, hidrológicos, migratorios, económicos, han sido y posiblemente serán años difíciles y necesitamos las herramientas económicas, comunitarias, públicas, personales y espirituales para contener la violencia de la crisis civilizatoria. Aun así, creemos que la conciencia de la existencia de retos estructurales debe sobreponerse con

esperanza para anteponer nuestra propia configuración del proceso de transformación socio-ecológica.

Pensarnos las utopías, ¿cómo lograr una transformación socio-ecológica emancipadora capaz de superar el capitalismo y el colonialismo?

Muchas de las lecturas hacia la crítica sistémica de la transición verde es que generan una problematización importante pero que no van más allá, no construyen posibilidades transformadoras. Esto está muy lejos de la realidad. Al contrario, los proyectos y posibilidades para una transformación emancipadora se los han sostenido por años y se los han concebido desde el lugar de la lucha. Esta ha sido una constante histórica; ni los derechos, ni nuestras libertades han estado exentas de habérselas logrado por otra vía que no sea la lucha. En Latinoamérica somos muy diversos, aun así, compartimos un cierto sentido de pertenencia a un proceso histórico de permanente saqueo y violencia y por lo tanto siempre se mira desde las reivindicaciones a ganar.

El capital ha aprendido de estos procesos de lucha histórica, los asimila, y los vacía de contenido político en el marco de la reproducción ampliada del capitalismo. Por esto colocamos al concepto de transición en disputa frente a un escenario de homogenización de un lenguaje que se nos ha impuesto. Para nosotras es vital pararnos en esa tradición de lucha histórica que plantea la transformación de las estructuras de poder. Ahí es importante recuperar el componente revolucionario que carga de sentido esta noción de transformación anticapitalista frente al tecno-corporativismo de la transición verde.

Por otra parte, el capitalismo, el patriarcado y el colonialismo han logrado en nosotras, en nosotros, individualizarnos, disciplinarnos y colonizar nuestros espíritus. Es por esto que muchas veces nuestro imaginario es sujeto de colonización y no logramos imaginar cómo sería el mundo en el que nos gustaría vivir y cómo imaginarnos posibilidades utópicas de transformación socio-ecológica. David Graeber plantea que la desesperanza es una construcción social creada por el sistema capitalista para reducir nuestra agencia revolucionaria. Ciertamente en eso consiste cualquier tipo de horizonte de lucha, en

imaginar lo imposible. Esto también es un límite estructural concreto del cual debemos emanciparnos.

Tenemos que indisciplinarnos. ¿Cómo? colectivamente, organizarse también es indisciplinarse. Luchas históricas como el zapatismo, el Movimiento sin Tierra, los poderosos Movimientos Indígena de Ecuador y de Bolivia, las comunidades negras y los quilombos, el movimiento piquetero o las luchas campesinas de todo el continente siempre han dicho que organizarse es una tarea enorme a la que nunca hay que renunciar. Es difícil organizarnos porque se tiende a pensarnos todas y todos como seres homogéneos en ideales, y entonces nos incomoda si alguien no está dentro de nuestras expectativas de transformación, o si alguien no ha vivido ciertas experiencias. Esto solo genera más fragmentación entre nosotras. ¿Cómo construimos entonces coherencias colectivas entre nuestras diferencias? No es tarea fácil pero nuestros pueblos han sostenido procesos históricos de democracia asamblearia y democracia directa.

Es fundamental reconstituir, crear coherencias, comunidades, vínculos comunitarios. La comunidad no es solamente algo que está en la montaña o en la selva. La comunidad es una organización que debemos constituir, reconfigurar, repensar, trabajarla de manera consiente. Las y los que vivimos en las ciudades, por ejemplo, somos personas individualizadas y precarizadas con experiencias de vida de violencia, transportes pésimos, salarios bajos, mínimos derechos laborales, sufrimos de explotación laboral. Para la transformación socio-ecológica debemos reconstituir comunidades para poder subsistir y recuperar bienestar material y emocional.

El reto de pensar lo comunal, en lo que queremos participar y construir a escalas locales es central porque la individualización es muy alienante. El reconstituir comunidades siempre es un acto contra-hegemónico. Esa es la labor de una organización con una perspectiva colectiva con fuerte incidencia en la vida política de las personas. Sin comunidades políticas reales no se concretizan demandas políticas históricas. Para esto también es importante recuperar la experiencia vital respecto de los frutos de la tierra y los bienes comunes. Es decir, reconfigurar la manera de senti-pensarse en relación anclada a los ciclos vitales de la naturaleza. Es un trabajo para quienes hemos sido despojadas culturalmente de

ciertas raíces que nos hacen sentir parte de la naturaleza. Este trabajo también es una búsqueda y un camino que disputa la dicotomía creada entre humanos y naturaleza.

Necesitamos una perspectiva económica y no solo política de la transformación. En este mundo de precariedad y despojo, tomarse en serio la economía y las condiciones materiales para la transformación es un reto enorme. Las organizaciones no tienen por qué ser únicamente políticas; deben ser también económicas. Pensar en distintas escalas también implica recuperar nuestra capacidad de agencia económica. Sin autonomía económica, no hay autonomía política ni autonomía en la vida. Esto implica tener mayor capacidad de producción y generación de riqueza para poderla distribuir entre todas y todos. Necesitamos construir cooperativas, crear circuitos de valor, distribución y de sostenibilidad económica, y crear empresas comunitarias. Para la economía popular y solidaria, el mayor logro es seguir existiendo porque es muy difícil consolidarse efectivamente y obtener ganancias para poder remunerar a los miembros de las cooperativas. Necesitamos fortalecer la economía popular y solidaria, la economía local, la economía autónoma, además de reforzar las cadenas de distribución energética, volverlo comunitario.

¿Cómo generar economías circulares, procesos productivos con cadenas de valor popular que rompan con las cadenas de circulación global, estableciendo precios justos y en convivencia con la naturaleza? Es una tarea enorme que abarca distintas escalas. El reto consiste en reconfigurar las cadenas globales de circulación ampliada que operan con altísimo grado de impunidad social y ambiental. La prioridad debe ser los sistemas económicos de circulación desde el productor al consumidor a escala comunitaria y local.

Nuestros países tienen una profunda necesidad de empleo digno, bien remunerado con garantías y con derechos laborales. También se requiere del reconocimiento económico al trabajo reproductivo y de cuidados que históricamente ha sobrecaído en las mujeres precarizadas y marginalizadas. Claramente, el trabajo debe ser incluido en el marco de cualquier horizonte de transformación socio-ecológica justa. Entonces, la articulación de sindicatos y sectores campesinos y trabajadores en el marco de agendas de disputa política es un camino que ha marcado muchos avances en nuestros países, determinados sobre todo por los levantamientos nacionales. El magma de articulaciones que se construyen en la protesta social hace posible muchos cambios.

El terreno de lo público es fundamental para sostener las condiciones de posibilidad de transformaciones socio-ecológicas. Esta es una lucha contra las políticas de austeridad de los gobiernos neoliberales que justifican cortar la inversión en salud, educación, producción local o seguridad porque consideran gastos innecesarios que pueden cubrirse a través de la privatización de los servicios públicos. El terreno de lo público debe garantizar condiciones dignas para la reproducción de la vida. En nuestros países vemos que la austeridad no solo ha precarizado más nuestras vidas y reducido las oportunidades de ascensión social de las personas, también ha obligado a muchas a adquirir deuda para sostener las condiciones de reproducción de la vida (Cavallero y Gago, 2021).

Pero lo cierto es que seguimos manteniendo efectivamente una mirada muy local, o nacional, tanto de nuestras discusiones como de nuestras soluciones. Aquí es crítico preguntarnos, ¿Cómo logramos pensar las escalas y mirarnos en lucha desde nuestros cuerpos hasta la geopolítica mundial?, ¿Cómo las relaciones inter-escalas se fortalecen para que puedan dialogar con otras?, ¿Cómo las distintas experiencias multiescalares puedan dialogar con las experiencias de construcción de identidad?, ¿Cómo logramos trascender la perspectiva del individualismo metodológico que nos delimita dentro de la acción política? Aquí necesitamos construir, impulsar una suerte de ganchos, instrumentos que nos permitan unir escalas. La metáfora del archipiélago funciona bien. Existen muchas iniciativas colectivas, cooperativas, organizaciones productoras, asociaciones de trabajadores, colectivos estudiantiles. Este es un archipiélago de potencia transformadora, tiene capacidad de soportar una tormenta, es capaz de contener cierta violencia, pero también carece de posibilidades para gestar acciones que escalen más allá de su jurisdicción, a menos que se enganchen esas redes multiescalares diversas.

En este esfuerzo de tejer redes multiescalares y hacer comunidades de sentido y acción, también existe la necesidad de construir movimientos de sentido con comunidades en el Norte Global. Estas articulaciones no deben darse desde la ingenuidad política, sino el reconocimiento de las relaciones asimétricas de poder y de las agendas que operan en el norte. Este es el espíritu de la solidaridad internacional. Es importante que las metrópolis del imperio, Europa, Canadá o Estados Unidos, por ejemplo, también recuperen sus vínculos colectivos porque el proceso de individualización y alienación ha sido muy fuerte

allá. Las y los jóvenes viven con ansiedad y desesperanza, con limitado sentido de agencia política para gestionar una transformación emancipadora. Es una decisión política recuperar los procesos organizativos en toda geografía. Construir comunidades también es una decisión.

¿Cómo nos articulamos con las diferentes luchas anticapitalistas, anticoloniales, antirracistas y feministas?

En este momento de crisis, el lenguaje de la urgencia y de la emergencia es tan prevalente en nosotras que no nos permite tener espacios de reflexión democrática, asamblearia, directa. Somos una sociedad de gente cansada, en crisis. Vivimos agotadas completamente con poca resistencia porque la explotación laboral nos hace vivir para trabajar, realmente sufrimos de agotamiento de los cuerpos, de la energía vital que también es energía de cambio. Estamos siendo tan sistemáticamente violentados, despojados de nuestra energía vital, que no disponemos de tiempo de descanso, de gozo, de reflexión que nos permitan pensar con calma nuestra agencia propia. Es un llamado necesario a luchar por nuestra soberanía sobre el tiempo y procurar una suerte de tranquilidad político-reflexiva, epistemológica y metodológica.

A partir de eso, debemos encontrar el optimismo y la radicalidad en todo espacio. ¿Qué nos hace sentir esperanza hoy? En la actualidad se articula una genealogía de luchas por nuestros territorios que nos permiten tener una mirada esperanzadora porque expanden nuestras disputas socio-ecológicas. Lo miramos con esperanza, pero no deja de ser dramático. Las luchas siempre se dan en el marco de los embates permanentes de los sistemas de opresión. Por ejemplo, los estallidos sociales alrededor del 2019 en diversos lugares del mundo mostraron repertorios de movilización en Ecuador, Colombia, Chile, Hong Kong, París, Haití y Puerto Rico. Hubo un ciclo importante de disputa al modelo de acumulación actual. Estas experiencias nos sirven para entender que las luchas se pueden tejer con otras formas de resistencia que incluyen reivindicaciones de clase, raza, feminismos, junto con los ecologismos populares. La llegada de la pandemia distorsionó cualquier tipo de ciclo que pudo haberse desarrollado en 2019, pero esta fuerza social fue el

resultado de las articulaciones de organizaciones indígenas con sindicatos, con organizaciones feministas, estudiantes, vecinas y vecinos y organizaciones ecologistas que volvieron a colocar la centralidad de las disputas antineoliberales ante el deterioro de las condiciones de vida y los procesos de endeudamiento feroces que vivimos.

Quizás el mayor aprendizaje respecto de los diversos horizontes ecologistas hoy en día se lo puede aprender del feminismo, que tiene la capacidad de interpelar transversalmente a diferentes sectores, procesos, organizaciones, y senti-pensares. Durante la pandemia los feminismos colocaron la centralidad del cuidado como trabajo no remunerado y esencial a la reproducción de la vida. Claramente los feminismos todavía no han desarticulado al patriarcado, seguimos en esa lucha. No existe una respuesta a partir de pasado mañana, pero sí podemos decir que el feminismo interpela permanentemente espacios e instituciones políticas.

La idea del cuidado ha trascendido nuestras demandas políticas: el cuidado en la movilización, el cuidado de los cuerpos, el cuidado del territorio que va extendiéndose a diferentes geografías, incluso zonas urbanas. Por ejemplo, en Rosario las movilizaciones sociales del año 2020, frente a la expansión de los incendios en el delta del Paraná han puesto en relieve que el cuidado de la ciudad implica cuidar también los humedales como refugio de la vida (Argento, 2023). Así aparecen consignas como "este territorio es humedal" y entendimientos relacionales no dicotómicos como "somos humedal". Así también se logra disputar esa relación de exterioridad con la naturaleza y pensarnos como parte de ella, se va reconstruyendo socialmente un proceso de lucha por un espacio que junta la justicia ambiental y la salud. Todas estas luchas por los territorios se empiezan a conectar multiescalarmente para colocar la demanda contra el ecocidio y el cuidado del planeta. También se van multiplicando las lógicas relacionales que buscan disputar la construcción social histórica de jerarquización en la dicotomía humano-naturaleza.

En estas articulaciones, surgen demandas que las podríamos rastrear en los movimientos feministas comunitarios, en el Buen Vivir, en el cuidado y la protección de los bienes comunes, en la defensa de los cuerpos y territorios, los derechos de la naturaleza y los derechos colectivos de los pueblos y nacionalidades indígenas y Afrodescendientes. Pero el ecologismo también va desplegando posibles reacciones como todo movimiento

emancipatorio en la historia. Estas reacciones provienen por el lado de una esencialización de una naturaleza nuevamente exteriorizada de lo humano y de una forma de conservación desvinculada de cualquier politización. Esta disputa se manifiesta al confluir con disputas sociopolíticas de fondo, no solo procesos de individualización de los cambios. No existen soluciones individuales sino acciones colectivas articuladas.

Así, tenemos que pensar un ecologismo con raíces populares. Chico Mendes afirmaba que el ecologismo sin política es jardinería. Esta disputa permanente debe ser transversal a la política social y reforzar los horizontes emancipatorios. Si en ese camino, aparecen el veganismo, anti-especismo y otras múltiples formas de sentir y experimentar el vínculo con la naturaleza, estas necesitan mantener una sensibilidad hacia lo popular. Claramente se debe discernir porque, así como los feminismos populares enfrentan reacciones anti-derechos o incluso un feminismo neoliberal que obtura procesos de transformación, el ecologismo popular debe mantenerse en la radicalidad de lo social.

Sin lugar a dudas, nos centramos desde nuestras luchas, desde nuestros territorios y sobre todo nuestros pueblos con deudas históricas para acceder a una vida justa y digna. Entonces, se debe pensar un movimiento por la justicia climática junto con el reconocimiento de los límites biofísicos de la tierra. Pero las responsabilidades no son iguales para todos los países y tampoco los impactos de la crisis son iguales para todas y todos. El cambio climático tiene consecuencias muy dramáticas para nuestras poblaciones, que producen desplazamientos y condiciones extremas para mucha gente. La gran mayoría de las personas todavía necesitan de las condiciones materiales necesarias para enfrentar los efectos tremendamente adversos e imprevisibles del cambio climático. Existe una deuda histórica de los países industrializados hacia nuestros pueblos oprimidos. Este es un trasfondo para pensar los procesos de justicia ambiental y social de las transformaciones socio-ecológicas futuras.

Referencias

Argento, M (2023). Que nos dejen respirar. La expansión del conflicto socioambiental en Rosario y la re territorialización del “común” río-islas-delta-humedal (2020- 2022). En *Argentina en llamas. Voces Urgentes*

para una Ecología Política del fuego. Marina Wertheimer y Soledad Fernández Bouzo. (Coords). Editorial El Colectivo. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Argento, M., & Kazimierski, M. A. (2022). Acumulación por conservación y desfosilización: El consenso ecotecnológico corporativo del cambio climático. *Prácticas de Oficio. Investigación y Reflexión En Ciencias Sociales*, (29), 7-21.

Cavallero, L. y V. Gago (2021). Una lectura feminista de la deuda ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos. Editorial Tinta Limón, Buenos Aires.

Rátiva-Gaona, S. (2022). De la transición energética a la transición socio-ecológica. *Revista Semillas*, 4.

Svampa M. y P. Bertinat (2022), “Debates y Combates sobre la Transición energética”, en Svampa, M. y P. Bertinat, compiladores, *La Transición Energética en la Argentina. Una hoja de ruta para entender los proyectos en pugna y las falsas soluciones*, pp. 229-253, Buenos Aires, Siglo XXI.

Vela-Almeida, D., Kolinjivadi, V., Ferrando, T., Roy, B., Herrera, H., Gonçalves, M. V., & Van Hecken, G. (2023). The “greening” of empire: The European Green Deal as the EU first agenda. *Political Geography*, 105, 102925.